Importancia, antecedentes y perspectivas de la unidad de la izquierda mexicana

La prensa ha dado la noticia, pero no le dedicó sus mejores páginas ni columnas a uno de los más importantes acontecimientos habidos entre las fuerzas democráticas y socialistas del país en los últimos tiempos.

Nos referimos al mitin por el "rescate de nuestra independencia económica y plena soberanía, contra la carestía y el desempleo, por la democracia sindical y por la unidad de la izquierda", que se celebró en esta ciudad el 6 de marzo del presente año.

Decimos que el suceso es muy importante por las siguientes razones:

1. Es el primer intento en los últimos cuarenta años en que *organizaciones* de izquierda mexicanas se unen con fines no exclusivamente electorales;
2. Las condiciones de crisis por las que atraviesa el país y las tendencias en el sistema político a presentar "soluciones antidemocráticas", justifica plenamente la unidad de las fuerzas de izquierda;
3. La división en todos los órdenes por contradicciones secundarias en el seno de la clase dominante y de sus aparatos de control, permite —al mismo tiempo que obliga— la unidad de las agrupaciones de izquierda, y
4. Las perspectivas en el mundo de las organizaciones socialistas y comunistas y los cambios cualitativos sufridos en su acción.

En esta ocasión, por razones de tiempo, nos referiremos a la primera de las razones anotadas.

El antecedente más antiguo en México de unidad de organizaciones de izquierda, después del que originó el surgimiento del Partido Comunista Mexicano en 1919, se encuentra en la década de los treinta, bajo la conocida política de los frentes populares contra la amenaza del fascismo en expansión, que desató la última guerra mundial. El frente popular de aquel momento fracasó en lo fundamental en México, pues fue capitalizado por el Partido de la Revolución Mexicana —ahora PRI— y por la dirección de la CTM entonces en manos de Vicente Lombardo Toledano. La responsabilidad de tal fracaso fue compartida por el PCM al seguir acríticamente la política equivocada de la Internacional Comunista controlada por Stalin y por subordinarse a las directrices de Earl Browder e, indirectamente, de Lombardo Toledano; es decir, por la sujeción a una política reformista, conciliadora, colaboracionista y en contra de los intereses históricos de la clase trabajadora.

El segundo intento de unidad de la izquierda organizada se dio en los meses anteriores a las elecciones de 1952. En torno a Vicente Lombardo Toledano, caudillo virtual del Partido Popular, se unieron en coalición el Partido Comunista y el Partido Obrero Campesino de México, encabezado éste

por varios de los actuales dirigentes del MAUS. Aquella unión fue por razones electorales, y por lo tanto estaba planteada en términos coyunturales y efímeros. Una vez más el PCM se subordinó a una práctica política que le era ajena, y que respondía más a los intereses de Lombardo y el reformismo que a los de los trabajadores mexicanos. Independientemente de las intenciones, la coalición de izquierda, bajo la hegemonía del Partido Popular, fue un elemento decisivo para el rompimiento de una de las movilizaciones políticas más importantes que se han dado en contra del PRI: nos referimos a la encabezada por Henríquez Guzmán, Mújica y Cándido Aguilar.

El tercer intento, y el más importante antecedente del actual, fue la creación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Sin embargo, habrá de señalarse que este proyecto de unidad no se hizo con base en organizaciones, sino en personalidades representativas de distintas corrientes democráticas y socialistas. Pero aun así la creación del MLN, como la del frente popular en 1938, tenía una base principista —aunque endeble— que no tuvo la coalición de 1952.

En 1961, presidida por el expresidente Lázaro Cárdenas, se inauguró, con la participación de representantes conspicuos de las organizaciones democráticas y revolucionarias de América Latina, la "Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz". Su objetivo, como su nombre lo sugiere, era antimperialista, pero no anticapitalista y mucho menos basado en un rompimiento con el Estado y sus órganos de control.

Habiéndose formado el comité mexicano de apoyo a la conferencia, se fundó ese mismo año el Movimiento de Liberación Nacional, compuesto —repetimos— por personalidades, no por organizaciones. La hegemonía la tenían los cardenistas y el grupo derivado del Círculo de Estudios Mexicanos, entre quienes estaban Alonso Aguilar, Fernando Carmona y Heberto Castillo.

Además de los anteriores, participaron en el MLN Vicente Lombardo y otros dirigentes del PPS, abandonándolo a los pocos meses de su ingreso. Asimismo el MLN fue integrado también por dirigentes del PCM, por grupos liberales y masones, como el dirigido por el general Suirob. También participaron personas de la izquierda, que después optarían por la guerrilla como forma de lucha; entre ellos Rico Galán y Vázquez Rojas. Papel importante jugaron otros intelectuales, ahora colaboradores del régimen político, como González Pedrero, Benítez, Fuentes, Flores Olea y otros.

Después de la salida de los dirigentes del PPS, a principios de 1962, hubo diferencias entre Heberto Castillo y el grupo de Alonso Aguilar. Éstos renunciaron a la hegemonía del MLN, y quedó en manos de Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas y otros de la misma tendencia. En 1963 se discutió la posible participación del MLN en las elecciones próximas. Castillo y los cardenistas se opusieron a que el Movimiento fuera registrado como Partido, y fue entonces cuando el PCM constituyó el Frente Electoral del Pueblo con el apoyo de Othón Salazar del Movimiento Revolucionario del Magisterio, de Garzón,

Orona, Martínez Cuervo y de Braulio Maldonado. Al formarse el Frente Electoral el PCM comienza a aislarse del MLN, iniciándose así la muerte de éste en 1964.

Su fracaso se debió a que fue exclusivamente antimperialista, descuidando sus posiciones frente al régimen político interno y el papel del Estado mexicano. Además porque nunca quedó clara su participación política cotidiana. En tercer lugar, porque no era suficientemente flexible (en los términos de un frente nacional de tipo liberal) para conciliar su programa —más o menos radical— con su práctica —auténticamente moderada. Finalmente, su fracaso obedeció también a que en su seno participaron personas, no organizaciones, y dado que no fue convertido en partido político fue perdiendo razón de ser en la medida en que iban surgiendo acciones concretas posibles por la democracia al interior del país.

En el mitin del pasado 6 de marzo, que tiene como antecedente inmediato el desplegado de la prensa firmado por el PCM, el PMT, el PSR y el PPS (mayoritario) el 20 de enero de este año, las organizaciones partidarias, más la tendencia democrática de los electricistas dirigida por Rafael Galván, se plantearon posiciones no exclusivamente antimperialistas. También delinearon posturas frente al problema de la crisis económica interna y el papel de la clase dominante y del régimen político respecto a las masas trabajadoras y sus intereses fundamentales.

Las diferencias entre la actual unión de la izquierda y de las anteriores es que ahora hay mayor madurez y claridad sobre la organización revolucionaria y el carácter del enemigo principal de la clase trabajadora. Asimismo el proceso de unidad se plantea con fuerzas organizadas y no dispersas o individuales. La tercera diferencia sería que la unión se propone en términos de acciones conjuntas con una base de acuerdo sobre puntos principistas y estratégicos coincidentes y no exclusivamente electorales; aunque en las metas electorales se están invirtiendo esfuerzos serios.

Uno de los principales problemas de la unión surgida del mitin del 6 de marzo es que si bien hay un alto grado de coincidencia política, ésta no existe en lo ideológico y en lo organizativo. Los puntos sobre los que hubo mayor acuerdo fueron: antimperialismo, reforma política, crítica a la política económica del régimen, particularmente respecto al petróleo, la reforma fiscal, los salarios, etcétera, y sobre las relaciones internacionales de México se planteó incrementar el comercio con los países socialistas y nuevas fuentes de financiamiento de nuestra economía.

Los principales problemas que pudieran presentarse serían en torno al tipo de organización que formarían las fuerzas actualmente unidas y sobre sus banderas políticas, dadas las diferentes concepciones ideológicas y organizativas que distinguen a las organizaciones participantes.

Sabido es que el Partido Mexicano de los Trabajadores es una organización liberal de tipo progresista, y que los partidos Comunista y Popular Socialista (mayoritario) se declaran marxista-leninistas. Galván, por otro lado,

ha sido cauteloso al abordar asuntos relacionados con la caracterización y crítica del gobierno actual. El Partido Socialista Revolucionario, aunque se reclama socialista, presenta varias ambigüedades en sus documentos fundamentales. Estas diferencias harían prever dificultades para constituir una sola organización, a no ser —se nos ocurre— que se trate de una federación de partidos de izquierda con respeto a tendencias internas y con una dirección colegiada. Sin embargo, como fue señalado en el mitin por el PCM, todavía habrían de integrarse otros partidos como el Revolucionario de los Trabajadores (PRT), vetado por algunos dirigentes del PPS y del PSR con viejos prejuicios antitrotskistas.

Perspectivas. Es de preverse que la unidad de las organizaciones de izquierda y democráticas redundará en acciones coordinadas y más eficaces, y en la unificación de concepciones tácticas y estratégicas que se traducirán en una alianza más fuerte de las agrupaciones que luchan en este momento por el socialismo en México. Esta situación haría de la izquierda la opción política más importante para las grandes masas trabajadoras, y al mismo tiempo el dique de contención más relevante de todo esfuerzo de fascitización o de dictadura militar en nuestro país.

Sin embargo existen indicadores para pensar que el gobierno, o fracciones del mismo, estaría interesado en estorbar el proceso de esta unidad, por un lado, protegiendo a la fracción del PPS dirigida por Cruikshank y, por otro lado, coadyuvando al fortalecimiento de organizaciones reformistas, no revolucionarias, como sería el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), para detener el intento de unidad de la izquierda orientada hacia un proceso revolucionario.

La razón de esta probabilidad está inscrita en la circunstancia de que, en momentos de crisis y de agudización de la lucha de clases, aumentan las posibilidades de expansión e influencia de los partidos revolucionarios, y que una forma utilizada por el gobierno para impedir esta tendencia es favoreciendo el surgimiento de partidos reformistas y colaboracionistas de tipo social-demócrata, que contrarresten las posibilidades de atracción y educación política de masas hacia posiciones revolucionarias.

17 de marzo de 1977

Octavio Rodríguez Araujo